N.º 357
Año VII

LA NOVELA CORTA
DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Madrid 7
Oct. 1922

ADMINISTRACIÓN: MADRID, CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELÉFONO J-62-

Roso de Luna, «El mago de Logrosán», famoso autor de las Maravillas, es una de las figuras más interesantes de la España intelectual contemporánea. Su condición de narrador ameno y excelente que tanta popularidad le han conquistado como teósofo-poeta, nos in-

vita a contarle, a partir de hoy, entre nuestros más ilustres colaboradores, seguros de que el lector habrá de agradecérnoslo, pues **Roso de Luna,** por su talento, por su originalidad, sabrá hondamente interesarnos, ya que él no es un novelista más.

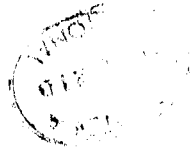
El Caballero de la Luz Astral

(La incásica aventura de Gil Beltrán de Garcerán)

NOVELA INÉDITA

DR. ROSO DE LUNA

(ILUSTRACIONES DE MELENDRERAS)



«¡Hay muchas moradas en la Casa de mi Padre.»—Jesús, en el Evangelio de San Mateo.

I

Mi santa madre, que esté en gloria, era una señora harto singular.

Católica, casi mística, tenía, sin embargo, cosas raras que habrían causado extrañeza al menos riguroso de los párrocos de aldea, y una manera especial de considerar—pues que era bastante ilustrada, con ilustración impropia de señora pueblerina—todas las cosas relativas a la gran epopeya extremeña de Francisco Pizarro en América, epopeya que ella había leído más de una vez en el libro del Inca Garcilaso de la Vega y en *Los Varones célebres,* de don Manuel Josef Quintana.

Una noche de invierno—lo recuerdo cual si fuese ahora, con esa lucidez con la que suelen recordarse las cosas de la infancia cuando nada se ha pintado todavía en la *tabula rasa* escolástica de nuestra mente—acababa de leerme mi madre las embelesadoras aventuras de Robinsón Crusae en su isla solitaria: La primera noche del joven

náufrago, pasada entre las ramas de un árbol, por miedo a las fieras; su primera comida con ostras de la playa; el encuentro providencial de una covacha donde guarecerse contra las inclemencias del cielo, y el más providencial descubrimiento del fuego, con el que ya pudo guisar, calentarse, ahuyentar a las alimañas y hasta labrarse una canoa... Aventuras todas que mi imaginación infantil veía al vivo y aun agigantadas, ora hacia los rincones obscuros de aquella cocina de aldea, ora entre las llamitas de la alegre lumbrarada, en las que, entretanto, hacía yo surgir crepitantes, y blancas como la nieve, las palomitas del maiz, postre luego de mi cena.

—¡Mamá!—hube de decirla con esa terrible profundidad de ciertas incontestables preguntas infantiles—, ¿verdad que en un mundo así se estaría muy a gusto, sin peleas con los chicos y sin la diaria obligación de ir a la escuela?

La pobre madre, lanzándome una compasiva mirada de cariño que era todo un poema, limitóse a decirme:

—Sí. No hay duda que ese sería un mundo hermoso, como a la postre lo fué para Robinsón, pero no pierdas de vista que él tuvo, y todos tenemos que conquistarlo con la lucha, porque "¡milicia, y bien ruda, dice el Evangelio, es la vida del hombre sobre la tierra!"

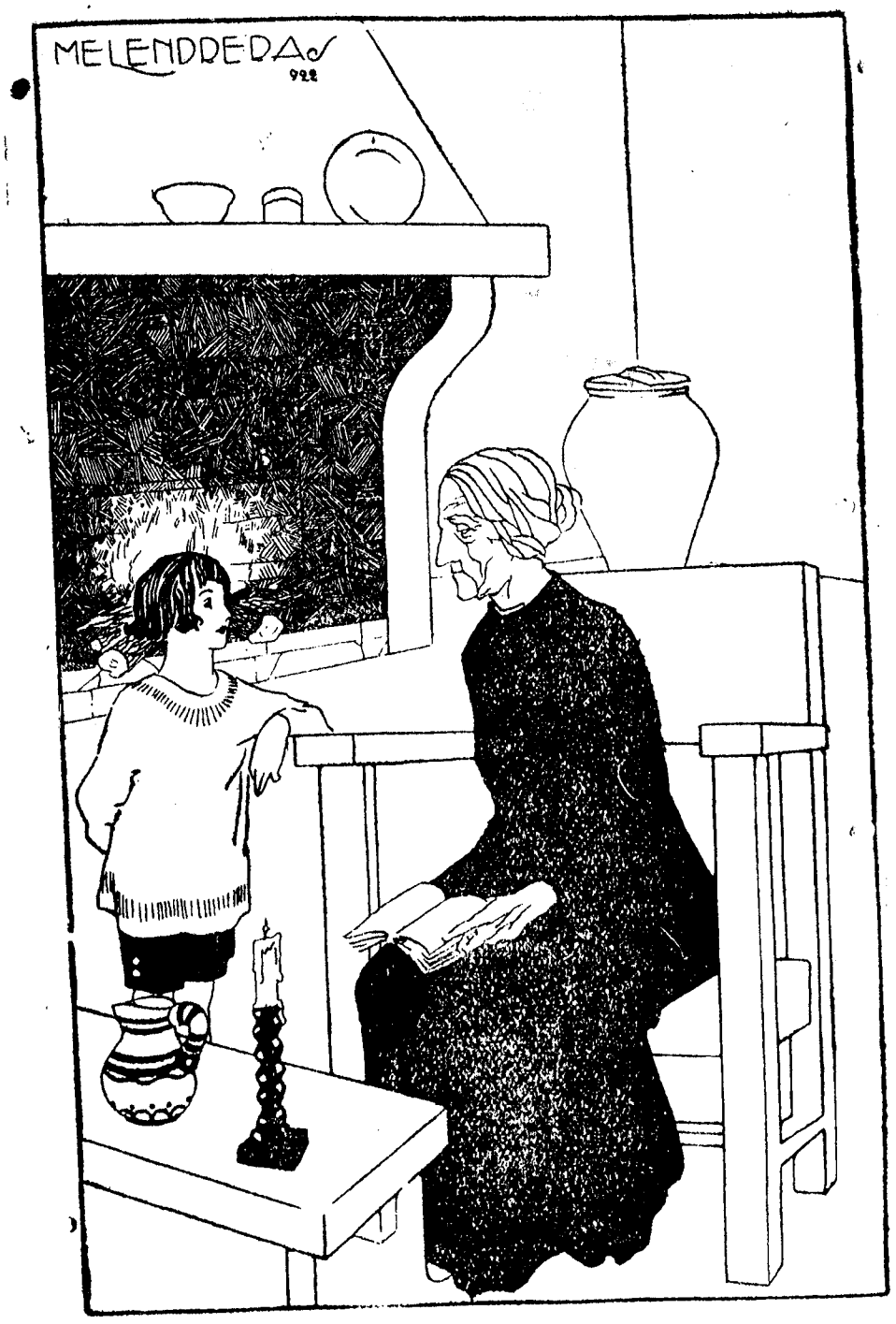
Y luego, como si en aquel mismo momento se la antojase sembrar en mi fecunda mente una semilla eterna, llamada a germinar sólo con los años, añadió con viveza:

—¡También ha habido en la Historia, que es, sin duda, la mejor novela, Robinsones-héroes como nunca ensoñó Daniel Defoe! El capitán extremeño Gil Beltrán de Garcerán, de la familia de los Menachos de Montánchez...

Pero calló repentinamente como si se hubiese arrepentido de su frase.

¡Que si quieres!... No sabía bien ella el niñito curiosón e insoportable que estaba educando.

Desde aquel día, en efecto, ya no hubo paz en nuestras veladas invernales. Mientras caía fuerte la lluvia y el viento azotaba, cual a anclada nave, las paredes de nuestra vivienda convidando a gozar de esas delicias del hogar feliz y resguardado que yo había dado en llamar gráficamente "acurrucancias", mi eterna cantilena era esta:



—Mamá, anda, ¡cuéntame lo del capitán Menacho!

—No, que no lo vas a entender: ¡eres muy tonto y muy pesado!... —replicaba resistiéndose—. Te contaré, si quieres, otras mucho más lindas cosas.

—¡No, que quiero lo del capitán Menacho!—insistía, pesado cual un tábano, tirándola de la falda y haciéndola toda clase de mimosos arrumacos.

Tuvo, al fin, que capitular: ¿qué madre no ha capitulado con su hijo en circunstancias semejantes? Así que, haciéndose notoria violencia a sí misma, y quizá comprendiendo que hay insistencias a veces providenciales, pues que tocan con los insondables misterios que llama Destino e Inconsciente nuestra pobre filosofía, acabó por decirme solemnemente, arrellanándose en el viejo sillón, mientras yo sacaba con las uñas mismas y a riesgo de quemarme, la undécima palomita de la velada.

—¡Mira que es una cosa muy triste, y que a nadie he contado nunca, porque a mí me la contó antaño, con mucho misterio, mi abuela, encargándome no la dijese sino al que fuese digno de comprenderla, y tú eres un niño todavía!...

—Pero, entonces, ¿cómo quieres que sea mañana un hombre? ¡Yo no se la contaré a ningún chico, si así lo deseas!

—Y harás bien en no contarla, porque no te creerían y además se reirían de tí, teniéndote por loco. ¡Hay cosas—añadió en un aparte como los del teatro y del que no perdí nada con mi perspicacia—, que son algo así como tradiciones de familia, porque el capitán Menacho y nosotros!...

No terminó la frase, ni hacía tampoco falta alguna, pues ya tenía bastante con lo que había oído. Por otra parte, hay que convenir en que los niños son hombres a quienes, por no haberlos educado todavía en unas cosas, no se les ha deseducado en otras...

Y el cuento en cuestión, aunque relatado sin ese sencillo calor que da la palabra de una madre cuando habla algo interesante a su hijo, decía como sigue;

II

Cuando Francisco Pizarro trazó la célebre raya en el suelo, invitando a que la pasaran los valientes que quisiesen seguirle en demanda de las fabulosas riquezas del imperio de los Incas del Perú, es fama que sólo trece la pasaron con sus caballos. Los demás volvieron grupas hacia Santa Marta, teniendo la soñada aventura contra aquel pueblo, tan numeroso como las arenas del mar, por empresa de locos temerarios, más que de gentes de sano juicio.

Entre tales héroes se encontraba el valeroso paladín Gil Beltrán de Garcerán, que fué el primero también en tocar las consecuencias de su heroismo.

El joven primogénito de los linajudos Menachos de Montánchez, ávido siempre de aventuras raras, fué vencido allí a pocos días, no por indio alguno, que no se encontraban, sino por el invencible enemigo de una naturaleza tropical, abiertamente hostil a los invasores.

Lejos ya de los caudalosos ríos Canca y Magdalena, la fiebre, auxiliada por la fatiga y la pésima alimentación—pues es fama que tuvieron que adobar y cocer hasta las correas de los atalajes de sus caballos—, envenenó la roja sangre del mozo extremeño, tanto que cierto día, cayó de repente, al pie de una desecada torrentera y, extraviado, perdió el rastro de los suyos, quedando abandonado a las inclemencias en las soledades aquellas.

¿Buscaron solícitos, los compañeros de Garcerán, al así perdido? ¿Le dieron, buenamente, por presa de alguna fiera, o se preocuparon menos de él que de sí propios y de los saquitos de esmeraldas codiciosamente recogidas por ellos, esmeraldas ¡ay! que, cual la pepita de oro del gallo de la fábula, para nada les servían allí contra el hambre, la sed y los hostiles elementos?

La historia no lo dice, pero es piadoso el pensar lo primero, aunque alguno, quizá, más bien sospechase lo último.

En su postración mortal, nunca pudo saber el joven el tiempo

que así permaneció, abrasado y delirante, sin otro auxilio que el de Dios, padre de los desvalidos, y sin más compañía que la de su fiel caballo Lucero, un alazán de pura raza cordobesa, que parecía hablarle y animarle en su abandono.

Había cerado hacía tiempo la noche. La tibia atmósfera se perfumaba con los mil desconocidos olores de las vírgenes soledades aquellas y el creciente de la Luna, una Luna tropical que da calor y congestiona, iluminaba ya apenas los altos picachos del lado de Occidente, desde los cuales probablemente se divisaría el Océano Pacífico.

En el mágico silencio, el bravo, bajo la acción de su delirio, creyó oir, no lejos, el dulce canto de un hada, con notas las más extrañas, y en lengua, naturalmente, desconocida.

¿Era aquella voz extrahumana una de esas ilusiones consoladoras con las que la muerte se apiada a veces de los desdichados a quienes va a llevarse de allí a poco?

Tal lo creyó en el primer momento el joven guerrero, pero advirtió bien pronto que también su caballo, sensible como todos los de su raza a las armonías musicales, había levantado la cabeza, sacudiendo las orejas y tomando viento hacia aquella parte.

Las leyendas de la lejana niñez de Gil Beltrán, realzadas por la fiebre, tomaron al punto forma de mujer en su ardiente fantasía, pero esta vez no se engañó, porque a poco de haber lanzado el fiel caballo un sonoro relincho, vió que se le acercaba, en efecto, una admirable mujer, de albas vestiduras flotantes, con su negro cabello abundoso pasando mucho de sus espaldas; su boca y nariz eran perfectas; sus ojos, de pureza sobrenatural, parecían luminosos por sí mismos, y el andar de ella tan gracioso que se diría no pisaba en el suelo. ¡Y esta excepcional mujer, la más hermosa de cuantas el joven había visto en su vida aventurera, se le acercaba compasiva, ni más ni menos que en típica escena de teatro!

¡Y no sólo le habló en lengua tan dulce como incomprensible la mujer aquella, sino que se llegó blandamente a él, le tocó la frente sudorosa, y le tomó una mano!...

A este arranque de la desconocida siguió un momento de vacilación imposible de ser interpretado por nuestra humana psicología.

Advirtió ella, sin duda, la fiebre que devoraba al guerrero, y quizá aun pensó en curarle por sí misma, en secreto, siguiendo los naturales impulsos de la compasión femenina, pero, comprendiendo el peligro inminente y la debilidad de sus fuerzas, ágil cual gacela, subióse a una roca vecina, lanzando un sonoro *¡Cuuuué!*, especie de llamada de alarma de aquellas gentes como el *¡Hijujú!* asturiano, grito que se dilató hasta perderse a lo lejos en las soledades circunvecinas.

La llamada atrajo al punto al sitio hasta una docena más de mujeres semejantes a la primera, y que parecían descendidas allí en un rayo de luna.

Una escena conmovedora desarrollóse entonces en torno del triste guerrero. Todas las bellas mujeres le atendían a porfía, cual madres amantes, sin quitar la vista por cierto del caballo, especie de pacífico monstruo a sus ojos, monstruo que hubo de seguir mansamente a su amo así que el grupo de mujeres-hadas, haciendo prontamente una especie de angarillas de ramaje, tendieron en ellas al delirante enfermo, emprendiendo el camino hacia su retiro, pues conviene anotar aquí que las gentiles salvadoras del joven eran las moradoras de la vecina Casa de "las hijas del Sol", como así se llamaban todas cuantas mujeres del Imperio pertenecían a la regia familia del Inca.

Y si extraño encontraban al fiel Lucero aquellas Vírgenes del Sol pues que los caballos no eran allí conocidos, más extraño y admirable hubieron de encontrar al caballero, cuya tez blanca, de un blanco de nieve por ellas jamás visto, su barba cerrada, larga y señorial y su gentil continente de noble y de guerrero, realzado por una elevada estatura contrastaba enormemente con el aspecto de los menudos hermanos de ellas, los indios guaraníes y demás de aquel cálido país, todos poco menos que imberbes, y bronceados por los ardores del trópico.

—¡Es uno de esos seres de rosa y nieve y fuego que nuestra Viracocha en su última profecía nos anunció llegarían pronto con sus naves desde las remotas tierras por las que nace el Sol!—hubieron de decirse, sin duda, aunque el joven no las entendió.

Y, caminando un buen trecho, llevándole con el mayor cuidado,

le depositaron blandamente en un fresquísimo y amplio aposento de un palacio admirable de labrada, de nunca vista construcción.

¡Allí le dejaron desmayado y solo!

III

Al volver en sí de su desmayo el joven Garcerán, vió en pié, frente a frente a su lecho, a un vejete minúsculo, rechoncho, feo, antipático, con unos ojillos brillantes y maliciosos que parecían escudriñarlo y penetrarlo todo.

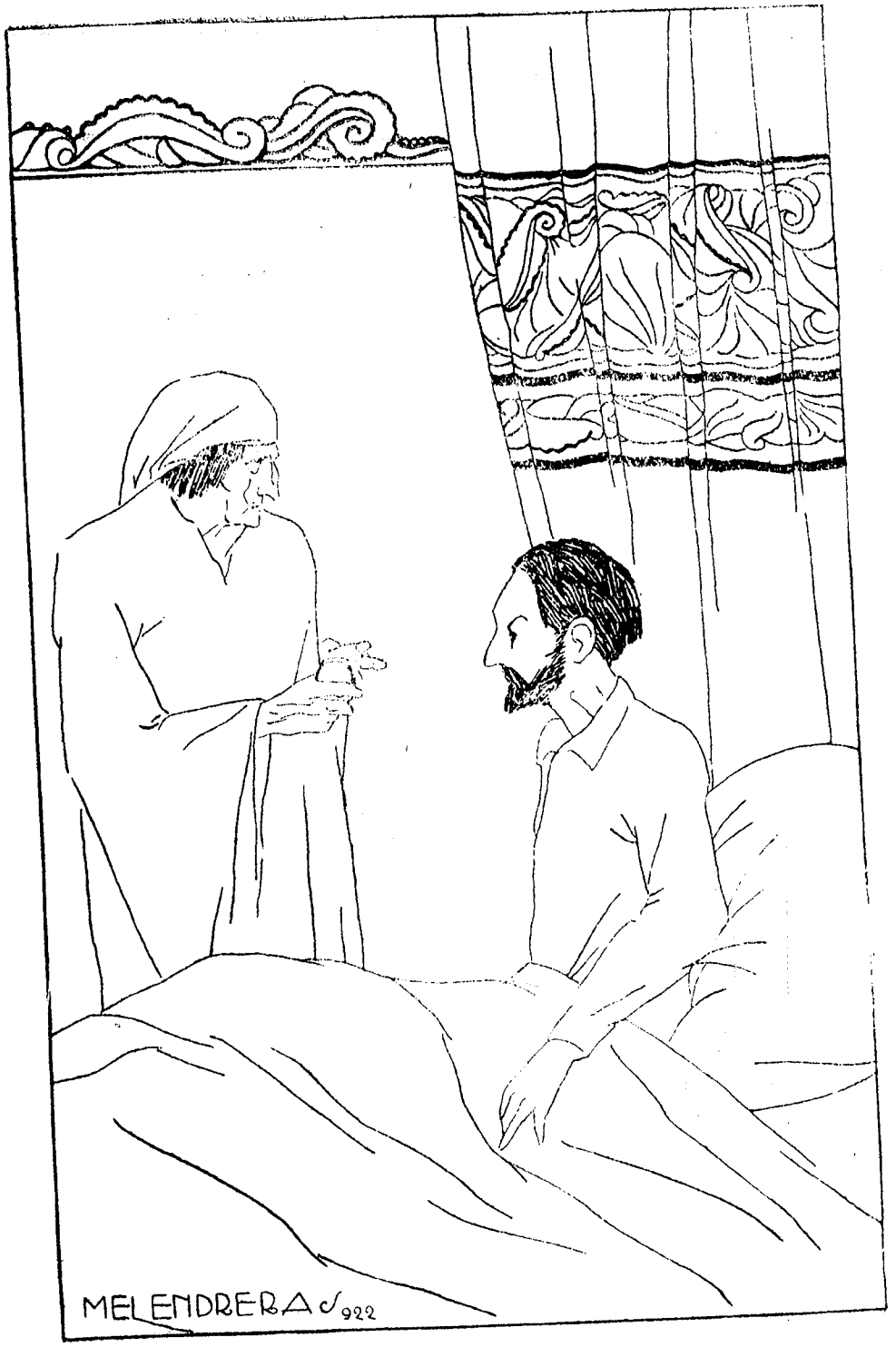
Con ademán, más que de persuasión de sacerdotal mandato, el viejo le hizo tomar una pócima rojiza, muy amarga, a base probablemente de corteza machacada del árbol de la quina y luego, tendiéndole boca abajo, le propinó enérgicos pases magnéticos todo a lo largo de la columna vertebral, al par que mascullaba algo así como un monótono rezo.

Gil Beltrán no podía equivocarse acerca del carácter e investidura de su curandero, por haber conocido a otro análogo en la península de la Guaira, a poco de desembarcar. El personaje en cuestión era un *pistaco*, es decir, un sacerdote de alguno de los antiguos cultos locales, a los que habían sido incorporados más tarde por los dominadores quíchuas el supremo e iniciático culto del Sol.

La enfermedad del joven era, sin embargo, tan grave, que resistía a todas aquellas vigorosas medicinas del *pistaco*, y su resultado habría sido fatal a no tratarse de una de esas vigorosas naturalezas extremeñas, que apenas si ya quedan, y que parecen tener la dura resistencia de los troncos de encina de sus dehesas.

Por una nada explicable condescendencia del *pistaco*, Zulaí, que tal era el nombre de su hermosa salvadora, a veces sola, a veces acompañada por las otras, venía a visitarle todos los días, agitada, nerviosa, y ya evidentemente enamorada del guerrero, otro tanto que él lo estaba también de ella, manifestándole con la mirada, o por otras discretas señas, cuán grande era su inquietud y cuán lealmente corespondía su corazón al amor y a la gratitud de aquel héroe que así luchaba entre la vida y la muerte.

La fresca pulpa de coco, el jugo ácido y refrigerante de frutas tan desconocidas como deliciosas, que el joven tomaba de las lindas ma-



nos de Zulaí o bebía con amorosa avidez, hicieron seguramente más por la curación del enfermo que todas las medicinas del *pistaco*.

Tanto, que se salvó al fin.

¡Curóle el amor de la doncella inca, con sus tiernas solicitudes de ángel tutelar suyo!

Un poema de amor, con romanzas sin palabras a lo Mendelshon, comenzó también a propagar su fiebre entre Garcerán y Zulaí, así que iba desapareciendo en aquél la otra fiebre producida por el clima del trópico.

IV

Larga, muy larga fué la convalecencia del joven extremeño, quien, a medida que iba recobrando sus energías, notaba que la razón de tales cuidados era harto diferente en la virgen inca que en el viejo sacerdote, pues mientras que a los de ésta los inspiraba, como va dicho, el más ingenuo y decidido amor que ella disimulara a maravilla en presencia de los demás, en la fría mirada del sacerdote surgían de vez en cuando los chispazos de un odio de razas que parecía cada día aumentar.

Una tarde, mientras Garcerán fingía dormir, oyó como discutir allí cerca. Sin duda se recelaban muy poco de él, sabiendo que no conocía de la lengua quíchue más que alguna que otra palabra suelta, pero el joven no dejó de comprender que algo muy grave ocurría. Las palabras "huaca", "Tupán", "Viracocha", etc., de significado para él conocido, mezclábanse con otras ya netamente españolas de "caballos", "muerte del Inca", "oro y tesoros", "Pizarro", "Caxamarca", "Coozco", "sacerdote cristiano" y otras tales, con las que pudo reconstituir lo sustancial de aquel vivo diálogo, y aun explicarse lo espantoso de su propia situación, cosa aquella que más tarde la Historia se ha encargado de resumirnos así:

"Tras innumerables penalidades, vencidas por las fuerzas, más de titanes que de mortales, de Pizarro y de los suyos, éstos habían ocupado Caxamarca, entre la desconfianza y el terror supersticioso de los millares de indios que constituían las avanzadas del gran imperio del Cuzco por aquella parte del Norte. Los caballos, animales desconocidos en toda América, repetimos, parecían formar un solo cuerpo con sus hábiles jinetes, como en la universal leyenda de los centauros. Uno de los más expertos jinetes, sobre todo, caracoleando entre la multitud y superando obstáculos, habíales parecido un ser extra-natural e invencible. El barbudo aspecto extranjero de don Francisco Pizarro, cuanto de la mayoría de sus compañeros, sus continentes reposados, aristocráticos, la mate palidez de sus semblantes avinagrados, en franco contraste con los gregarios indios, parecían ser el vivo cumplimiento apocalíptico de las profecías que anunciaran el término de los sacrificios humanos y la ruina del Templo del Sol. Los cielos y la tierra también habían mostrado mil fatales augurios, desde la aparición de flamígeros cometas y estrellas corredoras, hasta terremotos, erupciones de los volcanes vecinos, hambres y discordias civiles.

Estas últimas, especialmente, sangraban tragedia: El Inca, Huayna-Capac, había muerto inopinadamente, dejando un terrible pleito de sucesión entre su hijo legítimo, el mozo Huáscar y su bastardo Atahualpa, que le era el más querido. Las gentes de este último acababan de hacer prisionero a aquél, pero, casi al mismo tiempo, los soldados de Pizarro, con deslealtad que les honrara poco, o por lo menos con el refinamiento propio de esas dudosas artes que a lo largo de la Historia se ha dado en llamar "razón de Estado" y "conveniencia política", habían logrado atraer a Caxamarca al Inca Atahualpa, donde yacía en situación asaz dudosa. Las noticias del momento, según infería Garcerán, eran sencillamente espantosas: la majestad del Hijo del Sol veíase escarnecida por aquellos advenedizos, cuyo *pistaco*, de negros hábitos e insolentes ademanes autoritarios, decían había pretendido poner la autoridad de su Biblia y su Rosario por cima de la suprema Borla Roja, símbolo de la celeste realeza del Inca.

El desgraciado Atahualpa, pues, por uno de esos frecuentes sarcasmos del ciego Hado, era pleno vencedor, rey, dios indiscutible en un dilatadísimo imperio que abarcaba, con sus tributarios, medio continente de la América del Sur, y era árbitro, además, de la suerte de su hermano y vencido enemigo. Pero al mismo tiempo, veíase él

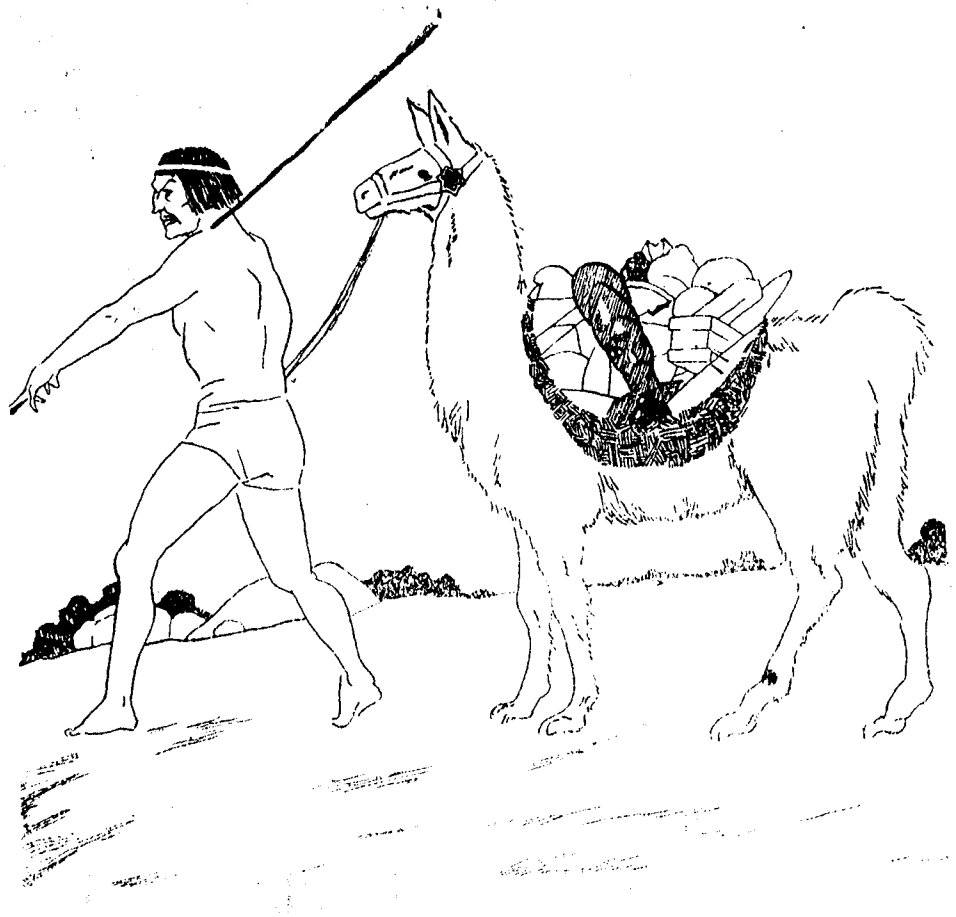
dominado, prisionero y al arbitrio de aquel puñado de desconocidos, en los que no había que fiar gran cosa, dado que tenían un ciego amor al oro de sus templos y sus "huacas" mortuorias, cosa de mero adorno y ostentación para los incas, como para lòs gnomos y los nibelungos de los cuentos europeos.

"Y llegaba a tanto la codicia de aquéllos, que habían exigido a Atahualpa a cambio de su rescate, que les hiciese a los suyos llenar de oro hasta la altura de la raya que alguien puesto de puntillas y elevando su mano, había hecho en la amplia estancia que servía de prisión al Inca..."

El *pistaco,* como conocedor del corazón humano, desconfiaba de que aquello no acabase en una de las más terribles y concatenadas tragedias que ha conocido el mundo. Ya se habían soltado los diques al torrente, por cuanto Atahualpa, prisionero y todo, había tenido la debilidad, indigna, no ya de un Inca y de un hermano, sino hasta del más ínfimo de los hombres, de ordenar desde su propia prisión que el infeliz Huáscar fuese sacrificado, fratricidio que tan caro había de hacerle pagar el inexorable Destino, ese Talión cruel del "ojo por ojo y diente por diente", del pueblo judío, al que llamamos *Karma* los teósofos.

—¿Qué cosa más natural—pensó Gil Beltrán, mientras veía pasar desde su retiro largas recuas de llamas cargadas de barras de oro y toda clase de objetos preciosos, en dirección a Caxamarca—que la tragedia tome vuelos y sea yo también otra de las víctimas?

Y sucedió cual se temía, porque la lógica de las cosas, tratándose del mal, se despeña hacia abajo en creciente rapidez de alud. Tres días después entró furioso el *pistaco* en el aposento y dirigiéndose al atribulado Garcerán, como fiera que pretendiera saltarle los ojos, dióle rápidamente a entender toda la magnitud de la catástrofe. ¡Aunque los tesoros habían sido llevados rebasando la alta raya prefijada, y aunque estaban en camino de la prisión muchos más, Atahualpa había sido al fin decapitado por los españoles, quienes pretendían así castigar, no la muerte de Huáscar, sino la resistencia, decían, del Inca a dar las señas de más tesoros de los inagotables con que contaba el imperio. Bajo el pretexto de que podía quizá conspirar contra los invasores, éstos pretendían así imponerse a las supers-



ticiosas huestes indias por el terror, recelosos de poderlas vencer de otro modo si se daban cuenta de su inmensa, de su aplastante superioridad numérica y de la verdadera stuación de los españoles.

—¡Si el Inca ha muerto, como aseguran—rugió el *pistaco* blandiendo el terrible cuchillo de negra piedra de obsidiana volcánica, que empleaba para los sacrificios—tus soles estarán contados y tú también morirás!

Y le dejó solo, entregado a tristísimos presentimientos, porque empezaba a conocer la lealtad de la palabra de los incas y tenía harto conocidos a sus compañeros españoles.

Para mayor contrariedad, aquella tarde no vino a consolarle su amada Zulai como acostumbraba. No acertaba a explicarse tal mudanza, porque en las largas horas de su enfermedad había aprendido

a estimar las profundidades insondables de ternura de aquellas damas quíchuas, corazones verdaderamente regios, con esa suprema majestad y esa absoluta renunciación amorosa a la que solo llegan las mujeres orientales.

V

Día terrible, de sol a sol, fué aquel en que se supo en el refugio-prisión del desdichado amante que, al fin, había ocurrido lo que se temía, o sea el sacrificio de Atahualpa. Los manes del imperio se estremecieron de horror; retemblaron los cimientos del templo del Cuzco, y la nueva cruel recorrió hasta los más remotos confines, con esa casi eléctrica celeridad de las comunicaciones que luego nosotros copiáramos de ellos. Una nueva y fatídica era comenzaba para los Incas y para el mundo.

—¡El Inca ha muerto asesinado por los tuyos—gimió el *pistaco*—. ¡Tú le acompañarás mañana, porque te enviaremos al Padre Sol con el mensaje para aquél de nuestra fidelidad y nuestro cariño!

Y, sin más trámites le sacó fuera, a una especie de empalizada circular, vecina a unos peñascos que parecían dómenes, y entre los que se destacaba una gran piedra circular, traceada, que era la llamada *Piedra del Sol, o de los sacrificios humanos*, con los que aquellos aborígenes americanos solían todavía honrar a sus divinidades sanguinarias con culto más bien primitivo y atlante, que verdaderamente incásico.

Era el sitio, pues, del que Garcerán no había ya de salir sino para que el gran *pistaco*, auxiliado por otros cuatro oficiantes encargados de sujetar cada uno una extremidad de la víctima, y cara al sol naciente, le abriese el pecho de un sólo golpe, sacándole palpitante el corazón para presentarle al Sol y deducir augurios necromantes de sus últimos latidos.

Al lado del joven habían puesto maíz tostado y abundante cantidad de pulque, esa bebida embriagadora, hecha de pulpa de pita o maguey, con las que las gentes americanas, más piadosas en ello que los europeos, permitían al pobre condenado el colocarse en situación de perder con la embriaguez su conciencia ordinaria, haciéndole menos dolorosa su situación. Al exterior resonaban, discordantes y estruendosas, las danzas rituales guerreras de todos los indios del contorno, en las que hombres, mujeres y niños plañían la triste muerte del Inca, la oscura suerte del Imperio y la injusta invasión codiciosa de los españoles, contra los que conjuraban al Sol y a todos los elementos.

VI

Garcerán, tras las innumerables penalidades por él sufridas desde que dejara el dulce solar extremeño, casi se alegraba de que fuesen a tener término sus sufrimientos.

Pero joven y fuerte, en lo mejor de sus floridas ilusiones de gloria como cuantos engañados pasasen a América, amaba ya, con imposible amor, a una mujer tan perfecta de cuerpo como de espíritu y que le correspondía a su vez con una pasión digno complemento del de su amante y anciana madre, a quien tampoco, ¡ay!, habría de volver a ver...

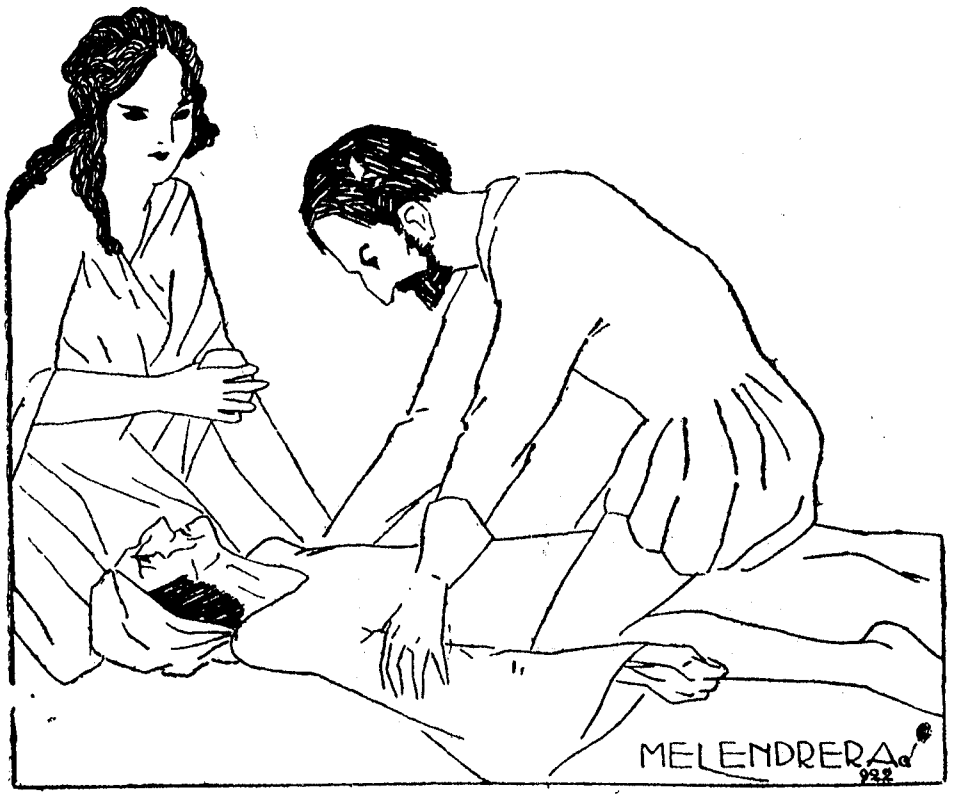
En su dolor, fuerte y estoico, no quiso comer nada el preso en todo el día, ni menos probar una gota de pulque. Quería demostrar a aquellas bárbaras gentes cómo despreciaba la vida un soldado del César castellano, quien, sin ser "Hijo del Sol", no cedía en grandeza al Inca celeste.

Reclinado en su camastro de hierbas secas, dejaba sólo vagar errante a su fértil imaginación, con la que iba recorriendo retrospectivamente su vida, como dicen que de un modo inconsciente acaece a los que se sienten morir. De momento, su situación actual, con los tormenots que le agurdaban y que, a fuer de verdadero héroe, ya tenía descontados; un poco más antes, los días pasados en aquellas dependencias de la Casa de las Vírgenes, luchando con su enfermedad y de la que había sanado para entrar en otra más cruel: ¡la incurable enfermedad del amor!...

Loca, funesta ambición es la insaciable ansiedad humana, que, cual el perro con la maza de carne de la fábula, dejar suele lo cierto

y bueno por lo malo y dudoso. ¿Tan difícil le habría sido a un caballero guapo y joven y no mal acomodado como él lo era el vivir en su tierra y con los suyos?

Semejantes consideraciones traíanle naturalmente a la memoria dolorosas añoranzas de la lejana tierra extremeña y a la que ya no volvería jamás. El desaliento entonces le avasallaba y, tendido, casi



inerte, parecía más muerto que vivo, sin pretender el menor intento de fuga.

En las últimas horas ya no le abandonaba el *pistaco*, invitándole a que bebiese y recitándole monótonas letanías hechiceriles. Ya iba más que mediada la noche, cuando en la semi-oscuridad de la empalizada vió entrar a otro *pistaco* llevando su escudilla de pulque, que le cogió rápidamente la mano al joven, con una dulce presión y un sedoso contacto inconfundible. ¡El *pistaco* recién venido

no era sino la disfrazada y fiel Zulai, que así llegaba en socorro de su amado!

La seña fué entendida, y antes de que el *pistaco* viejo pudiera darse cuenta del engaño, ya estaba clavado al suelo por la vigorosa presión de las rodillas de Garcerán, quien le tapaba la boca para que no gritase, mientras Zulai le hacía comprender al oído que no se trataba de quitarle la vida, sino simplemente de narcotizarle con aquella pócima para dar tiempo a la fuga del prisionero.

En la despierta mente del marrullero viejo no anidó la vacilación. Considerando imposible toda resistencia y que quienes tan sujeto le tenían podrían matarle si quisieran, optó por tomarse sumiso la pócima, sabiendo que no miente nunca una "hija del Sol".

Los amantes, al punto, tomando Garcerán el amplísimo ropón de *pistaco,* que su amada le traía, huyeron del campo del sacrificio y seguidamente del país aquel, utilizando para ello los servicios inestimables de Lucero, quien, escondido por la Virgen en la selva, parecía sentirse orgulloso de la carga feliz que sobre sí llevaba y de la misión salvadora que con ellos iba a realizar.

Así, mucho antes de que sonriese el alba, los dos enamorados pudieron ganar la lejanía, donde ocultos por el momento a las pesquisas de los indios, aguardaron inquietos a que se ocultase el Sol.

VII

A la noche siguiente, los dos supuestos *pistacos* tornaron a tomar el caballo y a proseguir en su huída.

Ningún indio les vió, o, si acaso los columbraron, su imaginación supersticiosa se limitaría a ver en ello una brujería más de los *pistacos,* al ir a caballo como los intrusos españoles.

Así continuó hasta tres días la fuga de los amantes, ocultándose durante el día, comiendo al azar de los frutos que encontraban, y caminando durante la noche por donde y como podían, a veces entre los inquietantes rugidos de las fieras, con rumbo siempre hacia las más altas montañas del lado del Pacífico, donde sus corazones amantes parecían anunciarles que estarían más seguros, tanto de los españoles cuanto de los indios.

—Si tropezamos con unos o con otros—se habían dicho los amantes en la jerga castellana-quichua, con la que ya se entendían a maravilla—estaremos irremisiblemente perdidos.

—Sí—dijo Zulai—, si nos cogen los míos nos sacrificarán al Sol, tanto en castigo de nuestra fuga como por el sacrilegio que supone en una "Hija del Sol" el amar a un extranjero enemigo y ser amada por él.

—Y si tropezamos con los españoles—añadió Garcerán—, corremos peligro de que algún jefe se enamore de ti, o decrete de nuevo tu reclusión en la *Casa de las Vírgenes,* por respeto a vuestros votos y usos, separándonos así para siempre, o, en fin, te condenen, también por política, a morir, como a Atahualpa y la demás familia del Inca.

—¡Oh, no, prefiero morir en tus brazos ahora mismo!—clamó con desesperado acento de amor la hermosísima Zulai, deshecha en lágrimas y reclinando amante su admirable cabeza de diosa sobre el noble pecho de su amado—. ¡Mátame y vuélvete tranquilo con los tuyos!

—¡Ya no hay tuyos ni míos desde que te conocí y te amé! ¡Ya no hay para mí españoles invasores ni incas invadidos, sino una fusión sublime de entrambos. simbolizada en nuestro ciego amor!—dijo con santa emoción cristiana el héroe extremeño, añadiendo:

—Aunque la Fatalidad haga correr un río de sangre entre ambos pueblos, en lucha que sólo acabará por el exterminio del uno o del otro, nuestra misión es más grande, pues que es de unión y de amor. ¡Nosotros formaremos, lejos de unos y de otros, un tercer pueblo sin odios, o pereceremos voluntariamente antes que ellos nos hagan perecer! ¿No habrá de haber en el cielo o en la tierra justicia para nosotros que odiamos al Odio y amamos al Amor?

Hubo un momento solemne de silencio, en el que sólo se escuchaba el latir al unísono de aquellos dos pobres corazones de niños, nacidos para un mundo mejor que aqueste miserable mundo. La magnitud de su problema les avasallaba aún más que el hambre y la fatiga. Como la Blanca-Flor y el príncipe Diamante del consabido cuen-

ło, no sabían realmente qué partido tomar que fuese fácil y hacedero. Para colmo de su desgracia Lucero, el pobre caballo, sucumbió al fin bajo su esfuerzo, y los fugitivos tuvieron que contentarse con premiar sus servicios sepultándole en un barranco, bajo piedras, tierra y ramaje, como si sepultasen a un bienhechor o a un héroe, que ambas cosas había sido el pobre bruto para con ellos...

VIII

Fuera el que fuese, era evidente que los enamorados tenían que tomar ya un partido, si no querían morir como en la leyenda, uno en brazos del otro.

—¡Mira—exclamó Zulai en un momento de inspiración sublime, de efectiva sacerdotisa de un druídico culto—: Yo no sé qué pensarás tú de esto en tus ideas cristianas, pero en el secreto de las iniciaciones de nuestros templos se nos dice en los últimos grados, y como una enseñanza sublime que puede ser dada a muy pocos, que, cuando la angustia humana llega al paroxismo y un dolor superior a nuestras resistencias va a hacernos sucumbir, siempre, de un lado o de otro, llega el auxilio salvador. ¡Son los Hermanos del Sol, los Santos Ancianos Solitarios de la esplendente Luz, del *Popool Vuh,* nuestro Libro Sagrado primitivo, y que habitan en el misterio de las montañas inaccesibles y de sus valles ignorados, lejos de las imprudentes miradas y las funestas pasiones de los hombres!

—Sí—añadió muy conmovido Garcerán—, esa enseñanza hermosísima también los tenemos nosotros, aunque algo desfigurada, los cristianos. ¡Son los Santos de todos los tiempos y los Angeles Guardianes, quienes en los momentos supremos tienden su man protectora a los desvalidos que los imploran cuanl ahora los imploramos nosotros!...

—¡Cierto!—continuó sublimizada la gentil sacerdotisa incásica—. Esos seres excelsos de los que te hablo y que también son hombres como nosotros, pero ya sin pasión alguna y en un supremo grado de espiritualidad, no hacen invasiones injustas como la vuestra, ni sacrificios humanos como los de nuestros cultos, porque los consideran contrarios a la Divinidad, sin nombre, que está por encima del mismo Sol, presidiéndole con un Supremo Espíritu, que es el aliento de todos los soles del cielo!

—Sí; San Pedro Alcántara y otros ascetas de mi tierra extremeña, se dice vivieron así, alejados del mundo y de sus miserias—corroboró el joven.

—¿Y por qué, pues, no habríamos de tropezar nosotros, en nuestra congoja suprema, con alguno de estos Señores excelsos, a los que como esclavos, serviríamos nosotros?—insistió Zulai, con un acento muy extraño.

—¡Tienes razón!... Sin vanos cultos de criminales sacrificios, sin ninguna de esas pobres exterioridades religiosas con las que suelen disfrazar su impiedad los hombres, ¡cuán hermoso no sería el poder vivir en ese mundo! Pero, ¿cómo encontrarlos o invocarlos? ¿Lo sabes, por ventura, tú?

—Yo sólo sé—repuso la joven, brillando en sus celestes ojos un extraño fulgor de pitonisa iluminada—las notas de una canción invocadora que indiscretamente oí una sola vez, cuando estuvo el Inca a visitar nuestro templo, siendo aún niña. La cantaron en el *Adytia* o Cámara Secreta. No sé si aun podré recordarla, y además, no sé su letra.

—¡No importa, cántala! Yo te acompañaré con todo el fervor de mi alma amante y cristiana—exclamó el joven lleno de fervor.

Y como en los cuentos de hadas, en el silencio de aquella noche, dulce como nota de flauta, acariciadora cual arrullo de tórtola, y sugestiva al modo de sirena abandonada, de la garganta de la sacerdotisa inca salió una primitiva melodía, muy semejante a las que, al amanecer, entonan desde sus dahabieds los *felahs* o pastores del Nilo. Luego los ecos de la rituaria canción se fueron perdiendo entre las gargantas de las montañas, como si ellos mismos se encargasen de buscar en sus misterios a los Sublimes Hermanos de la Compasión a quienes llamaban...

Pero nadie respondió.

Bajo el agobio del cansancio y del temor, ambos amantes, uno en brazos del otro, quedaron dormidos como dos niños.

IX

Al despertar vieron con inmenso asombro los amantes que un venerable anciano velaba su sueño, cariñoso.

Era el anciano uno de esos seres de ilusión ensoñados por los grandes artistas, especie de *Moisés* de Miguel Angel; del *Rey Lear* shakesperiano, de luenga barba blanca, que les miraba fijamente con toda la dulzura de un padre cariñoso, pero al mismo tiempo con toda la deslumbradora majestad de un ser evidentemente superior. Una aureola de luz—luz como la de los astros—nimbaba a su cuerpo todo con las irisaciones del nácar y otros tintes más delicados de la aurora, que ya cedía su puesto al Padre Sol.

Los dos jóvenes, comprendiendo al punto que se hallaban ante una altísima Presencia, cayeron prosternados a sus pies. El los levantó vigoroso, y los acogió en sus brazos cual Jesús cuando en el Evangelio dijera: "¡Dejad que los niños se acerquen a mí!..."

Y los llevó lejos, muy lejos, casi por los aires, sin que la desvalida pareja se diese cuenta de ello.

Y los puso en un valle lejano, amenísimo, mil veces mejor y más hermoso que los que las investigaciones arqueológicas de la Universidad de Yale en estos últimos tiempos acaban de descubrir en las gargantas del sublime Manchú Pichú, junto al Cuzco, o que los solitarios valles de Cachemira, Kuen-Lun y Kara-Korum, que forman los Himalayas, con sus alturas inaccesibles, y que ahora empiezan a conocer los europeos.

Y los habló a cada uno—¡oh, maravilla!— en su respectiva lengua, cual si le fuesen igualmente familiares todas las lenguas del mundo.

Y una vez que allí los hubo dejado, entre aguas rumorosas, pensiles floridos llenos de toda clase de frutos y habitados por aves de todo linaje, bajo alturas sublimes cubiertas de nieve y coronadas por los gallardos penachos de humo de mal dormidos volcanes, los dió un sendo beso en la frente y los dejó en aquel extra terrestre ais-

lamiento, después de bendecirlos como, según *El Génesis*, el Señor bendijo a Adán y a Eva en el Paraíso...

Y no se supo más ya de ellos ni del Anciano Santo y Luminoso con aureola de astro, que los había bendecido.

Pero es fama o tradición venida no se sabe de dónde—agregóme muy al oído mi madre idolatrada, con emoción que llegóme al fondo de mi alma, para en ella grabarse con caracteres de fuego—, es fama, digo, que los amantes, bien solos, bien en unión de otras parejas igual-

mente selectas y desvalidas, frente a la eterna injusticia de los hombres, allí fundaron un pueblo feliz: ¡uno de esos pueblos de los que nadie en el mundo tienen detalle, ni aun casi noticia, porque si las tuviesen en seguida irían a invadirlos impíos, arrancándoles su felicidad pristina.

—¡Pero algún día—terminó proféticamente mi madre—, cuando no perdure ya la dominación española, aquella que empezó con la trágica muerte de Huáscar por su hermano Atahualpa; de Atahualpa por Francisco Pizarro; de Pizarro por Almagro; de Almagro por los sucesores de Pizarro, y de los del partido de éste por los de aquél, en inacabable cadena de injusticias—que parecerían otras tantas inmolaciones de los viejos sacrificios abolidos—, ese día, repite la leyenda, serán descubiertos aquellos pueblos de misterio y aquellos seleccionados y adoptivos hijos de los grandes Seres de la Compasión, cuyas doctrinas, en momentos de supremo peligro, otra vez volverán a salvar al mundo corrompido...

. . . . . .

. . . . . .

X

El tiempo, con su mano cruel, lanzóme, cual a todos, desde las paradisiacas delicias del hogar, al cenagoso torrente de las luchas del mundo, más propia de fieras que de hombres.

¡Tuve pasiones, ejecuté malas obras, pequé una y mil veces contra mí, contra mis semejantes y contra Dios, pero en el fondo de ese inconsciente spenceriano que se llaman santos recuerdos de la dichosa infancia, ni un sólo ápice se me ha borrado la emoción que me produjera "el cuento del capitán Menacho", como antes decía; el del *Caballero de la Luz Astral,* como ahora me digo... ¡Un dichoso ensueño de un mundo superior del que no tenemos—solía yo pensar en mi necia fatuidad de excéptico al uso—enseñanza ni testimonios directos, ni menos comprobación experimenal alguna!

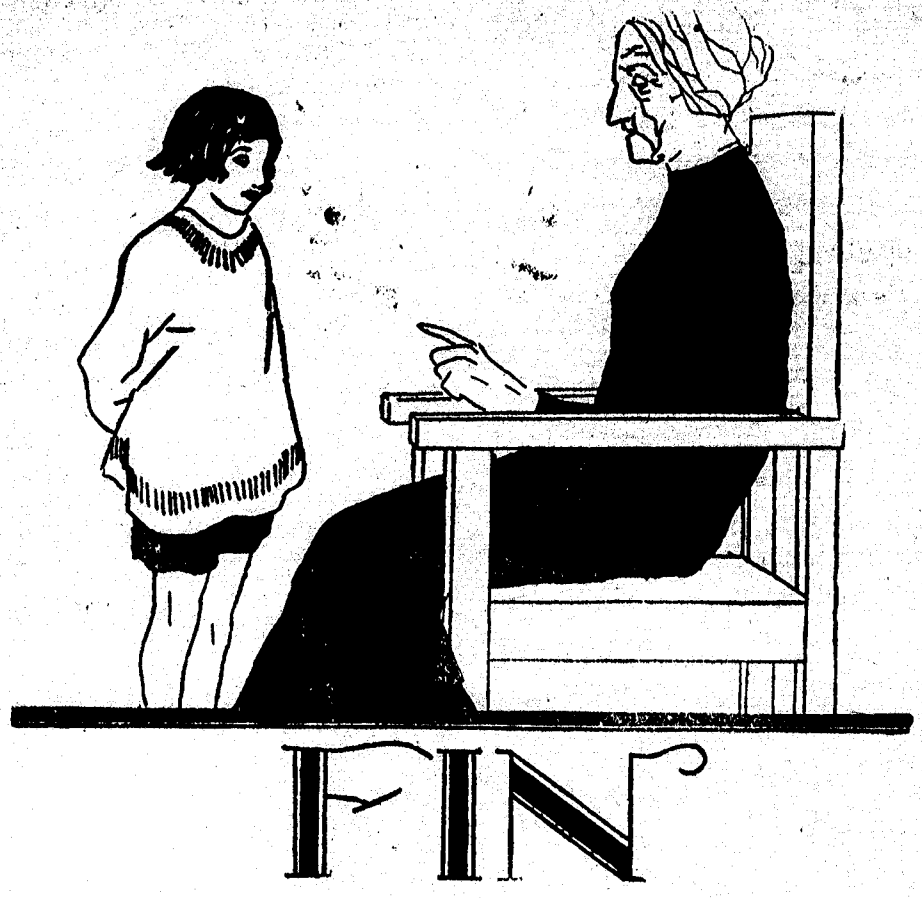
Pero un día mi dormida espiritualidad vino a verse despertada por las salvadoras enseñanzas de la Teosofía, y aquel *Caballero de la Luz Astral,* como llamo desde entonces al Hermano Mayor del relato materno, no sólo dejó de ser para mí un mito al estilo de "Las mil y una noches", sino una realidad que más de una vez me ha salvado la vida, y cuya acción protectora sobre una humanidad sencilla, feliz y preservada como simiente de renovación mundial para la raza futura sud-americana, a título español e inca, pero depuradísimas, está indicada en varios pasajes de la gran obra de Helena Petrovna Blavatsky, como aquel de *Isis sin Velo* en que dice:

"El gran viajero Stephens nos asegura en sus relatos que los descendientes de los primitivos caciques americanos viven todavía, según se cree, en las inaccesibles fortalezas naturales de la Cordillera, soledades hasta las que aun no ha penetrado hombre blanco alguno; viviendo como vivían sus padres, construyendo los mismos edificios y grabando en la dura piedra iguales misteriosos jeroglíficos. Región tan vasta como desconocida, que no tiene un solo camino que la atraviese, y en donde la imaginación se representa a aquella ciudad misteriosa vista desde la cumbre de las cordilleras, con sus indómitos aborígenes, jamás buscados y nunca vistos... Dicha oculta ciudad ha sido percibida desde gran distancia por viajeros atrevidos, y de ella habló también a Stephens un cura español en 1828-29, quien juró haberla visto con sus propios ojos, igual que a sus gentes, las cuales no tienen monedas ni caballos... Igual nos dijo personalmente a nosotros un anciano sacerdote indígena, con quien me relacioné en el Perú, hombre que había pasado toda su vida ocultando en vano su odio a los conquistadores, siguiendo en el fondo de su corazón su religión primitiva, y que, en su calidad de indígena convertido y de misionero, "había estado en Santa Cruz de Quiché" y visitado parte de sus hermanos en creencia, recorriendo "la galería subterránea" que a la misteriosa ciudad conducía... Nosotros también hemos visitado otras dos ciudades completamente desconocidas para los viajeros europeos, y no porque sus habitantes deseen permanecer escondidos—puesto que algunas gentes de los países búdhicos van algunas veces a visitarlas, no obstante no estar indicadas en los mapas asiáticos ni europeos—, sino a causa de los demasiados celosos misioneros o quizá por otras razones aun más misteriosas, que ellos saben, siendo lo cierto que los pocos naturales de otros países que tienen noticia de la existencia de dichas dos ciudades, jamás hacen de ellas mención.

La Naturaleza, en efecto—termina la maestra ukraniana—ha proporcionado extraños rincones y lugares ocultos para sus favoritos y, desgracidamente, muy lejos de los llamados países civilizados es donde el hombre pueda libremente adorar a la Divinidad tal como sus padres lo hacían".

¿Serán esos lugares—me digo hoy—los pueblos aun no invenidos para nuestra ciencia, que se dicen ocultos en inaccesibles gargantas bolivianas ecuatorianas o chileno-argentinas, gargantas misteriosas semejantes a las incásicas del Manchú-Pichú?

Yo no diré si lo sé o lo ignoro, pero sí que lo creo firmemente, como sé que he de morir...



FIN

Dr. Rosa de Luna

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

PRENSA POPULAR. - Calvo Asensio, 8. - Madrid. - Apartado 8.008

LOS PUSTKES DEL BANQUETE

NOVELA INÉDITA

Andrés González-Blanco

(ILUSTRACIONES DE MELENDRERAS)

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID
47/149449

I

Habíamos brindado ya los amigos del festejado, casi todos con la palabra torpona y tartajosa de los literatos, a quienes suele faltarles al pretrar toda la agilidad y fluidez de expresión que les asiste al escribir...

Cada cual había descargado su peso o había "vaciado su saco", como decía Fernando Montes, educado en París y en Burdeos y traduciendo siempre su pensamiento del francés al castellano... había procurado la frase que creyera más aguda o más relampagueante, con brillo de lentejuelas, acerca de los inapreciables méritos del camarada, pero sin elegancia, sin coordinar bien las ideas con sintaxis deplorable, vocalizando mal, con ademanes que queriendo ser oratorios, resultaban grotescos, en aquel ambiente de *restaurant* de moda, severo y entonado; *chic... tout à fait chic...*

Se levantó entonces a ofrecer el banquete el popular diputado coterráneo del escritor, su protector desde la infancia, el amigo entrañable de su padre, don Ramón Cangas de Merás, que era el político de moda, el Mecenas de los intelectuales, continuador de su gloriosa estirpe de políticos emanados de la literatura y amantes de ella...

Conocía a Joaquín Ambiedes desde la infancia, desde los lejanos días en que el hoy ilustre político madrileño don Ramón Cangas de Merás era alcalde de la vieja ciudad de Ablanedo, la bella plu viosa, que se envuelve todo el invierno en un velo de lluvias, y au en la primavera teje la niebla en su derredor una cortina; la vie capital histórica del antiguo reino de Cantabria...

Entonces paseaba don Ramón todas las tardes por las calles de la vieja capital y solía encontrar al mozalbete, al hijo de su simpático amigo Ambiedes, camino del Instituto, con sus libros debajo del brazo, y entre ellos, como una rosa entre ruinas, una novela de Palacio Valdés o de *Clarín*, ídolos por entonces de la juventud cantábrica...

Con su prócer estatura, su barba entonces trovadorescamente rubia, hoy desdichadamente medio cana, entreverada de teñidos de todos los colores; con sus lentes sagaces de escrutador psicológico con su amplia levita y su sombrero de copa, por entonces aun tan [illegible] primaciales de la vetusta ciudad;—don R